

ECONOMÍA

El siguiente texto trata un tema político crucial, y que pronto tendrá que ser una tema a considerar en México. Una derrota política del PRI en las elecciones que se avecinan, y el surgimiento de un gobierno que tenga una seria disposición para iniciar reformas sociales y económicas, urgentemente requeridas en el país, no puede soslayar una discusión sobre las condiciones actuales impuestas por el FMI al país, así como sobre la posibilidad de solicitar una moratoria en los pagos de la deuda externa. Se tendrá que decidir entre el pago de la deuda externa o el IPAB, cuyo monto e intereses sigue creciendo, lo cual imposibilitaría rescatar la senda del crecimiento y una redistribución del ingreso más equitativa.

Celso Furtado se atrevió a plantear una disyuntiva para su país, con el fin de que el gobierno entable negociaciones serias con su deudores externos. No cabe duda que sus palabras, y el escenario que describía en enero de 1999, pueden presentarse en el caso que un futuro gobierno alternativo, al que reinó en el país en sus últimos 70 años, pretetenda reconstruir el país devastado por políticas sociales absurdas e inequitativas.

Carlos Mallorquín

¿Qué Moratoria?

Celso Furtado

La crisis brasileña no sorprendió a nadie. Fue la repetición de un espectáculo de desgobierno con que están familiarizados los estudiosos de la historia del país. El problema fundamental siempre ha sido el mismo: por un lado la incapacidad de la clase dirigente para enfrentar problemas que son la gran concentración del ingreso y de la riqueza, y que se traducen en una excesiva propensión a consumir y a importar, y por otro, una baja tasa de ahorro. Existe una contradicción entre el modesto nivel de desarrollo del sistema productivo y los patrones de consumo de las clases afluentes a las cuales aspiran las clases medias.

El crecimiento económico, que ha sido considerable en los últimos decenios, engendró una sociedad con graves distorsiones y sujeta a crisis intermitentes de la balanza de pagos. Esas consideraciones son esenciales para comprender la inflación crónica que caracterizó a la economía brasileña tanto en las fases de crecimiento así como en las de recesión.

La estrategia de estabilización adoptada por el gobierno en el último lustro ignoró espléndidamente esa realidad. Sin duda la inestabilidad ha estado reduciendo la gobernabilidad del país desde los años setenta, cuando cambió la coyuntura internacional. El primer paso de la nueva política consistió en obtener provecho del aumento considerable de la liquidez internacional. Se dio una mayor elasticidad a la oferta de los bienes de consumo y se revirtió la posición del balance comercial, que, de positivo pasó a ser negativo. Eso favoreció a la masa de consumidores, lo que produjo dividendos políticos considerables.

Pero, como era de preverse, luego se manifestó el desequilibrio en la balanza de pagos. A diferencia de lo sucedido en el pasado, cuando el desequilibrio se enfrentaba manipulando la tasa de cambio, se privilegió la estabilidad de precios, facilitando el endeudamiento externo a corto plazo y elevando de forma desorbitante las tasas de interés. La política de una tasa de interés elevada provocó una reducción de las inversiones productivas y una hipertrofia de las inversiones improductivas. El país comenzó a proyectar la imagen de una economía distorsionada que se endeuda en el exterior para financiar inversiones especulativas y alienar el patrimonio nacional. La recesión se tornó inevitable.

¿Qué Moratoria?

No sería el caso de culpar a los formuladores del plan de estabilización, que habían recomendado una política compensatoria fiscal la cual engendraría una elevación forzosa del ahorro. Se sabe que esa nueva política fue concebida en los Estados Unidos con la colaboración de técnicos del Fondo Monetario Internacional, lo que explica que no se haya tomado en consideración las peculiaridades del proceso legislativo brasileño, el cual está lejos de tener la racionalidad al gusto de los tecnócratas. Por otro lado, los dividendos políticos producidos por la estabilización de precios emborracharon a los dirigentes del Poder Ejecutivo, cuyo comando se dispuso a aceptar cualquier riesgo que le garantizase la reelección.

Así, ya nadie tenía duda de que la economía brasileña estaba predestinada a entrar en moratoria. Una vez más, se evidencia que las instituciones internacionales son incapaces de movilizar los recursos requeridos para evitar una ruptura en los pagos de los países emergentes. Y los recursos reducidos que intermedian son aplicados a tasas de interés que poco alivio traen a los deudores. Los recursos puestos a disposición del Brasil implicarán profundizar el endeudamiento del país, particularmente si se tiene en cuenta que las condicionalidades tornarían inevitable la recesión. La estrategia del FMI parece ser la de prolongar la recesión hasta que el paciente acepte la adopción de un sistema de "currency board", es decir, la plena dolarización, a semejanza de lo ocurrido en la Argentina. Esto significa nada menos que compartir con el sistema financiero internacional el gobierno del país. Ante esa perspectiva tenemos que reconocer que la moratoria es un mal menor, pues evita la abdicación de la responsabilidad de gobernarse.

Pero la moratoria no debe ocurrir como una catástrofe. Debe ser meticulosamente programada tanto en el plano externo, así como en el interno. Los aliados potenciales internos son los grupos industriales subyugados por la exorbitante tasa de interés y la clase trabajadora, víctima del desempleo generalizado. También, en el plano interno, cabría inspirarse en el capítulo 11 del "Código de Bancarrota de los Estados Unidos", conforme lo recomienda la última edición del "Trade and Development Report" de la UNCTAD, ese órgano de las Naciones Unidas actualmente dirigido por un brasileño de excepcional competencia, que es el embajador y ex-ministro de Hacienda Rubens Ricupero. En el plano externo, cabe luchar por una reestructuración del sistema financiero internacional, en el sentido de restaurar la disciplina cambiaria y la de los flujos de capital. Persistir en la política actual de endeudamiento externo es aceptar el riesgo de una moratoria catastrófica, que parece ser el objetivo de los que se empeñan en

Celso Furtado

liquidar lo que resta del patrimonio público (léase Petrobás) y ceder a las empresas transnacionales el comando del sistema monetario (léase dolarización).

Traducción de Carlos Mallorquín. Este artículo fue publicado en Folha de Sao Paulo, 24 de enero de 1999, Sao Paulo, Brasil.